



La
Maldición
del
cisne

Enara de la Peña



Roser A. Ochoa



La
Maldición
del
cisne

Roser A. Ochoa y Enara de la Peña

Copyright © 2022 Roser A. Ochoa y Enara de la Peña

1ª Edición de mayo 2022

Diseño portada: Roser A. Ochoa

Diseño e ilustración de personajes: Adela Aragón

Corrección: María Arribas

All rights reserved.

El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento bajo sanciones establecidas.

ASIN B09YRRSFL6

Sello: Independently published

Prólogo

Una era la corona para el heredero del reino de Cygnus.

U

Uno era el trono. Uno el nombre.

Así que, cuando fueron dos los que nacieron, su destino quedó impregnado por la sombra. Estaban malditos.

—¡No! ¡No os los llevéis! Mis hijos, mis...

La mujer que acababa de dar a luz se arrastró sobre las sábanas ensangrentadas.

—¡Majestad!

—Son míos... esposo... ¡Míos!

El rey había cogido a uno de los bebés, aún cubierto por los restos del parto. Sobre su minúsculo pecho blandía una daga con filigranas intrínsecas.

El hechicero, junto al rey, susurraba palabras para convencerle de su atroz crimen.

—El cielo nos lo advirtió, ha nacido bajo la Estrella de la Calamidad —dijo, siseante—. Podrían acabar con la paz del reino. Guerras, hambre, enfermedades... no podemos permitirlo, majestad. El niño tiene que morir.

La reina se incorporó y logró alcanzar la manga ancha de la túnica del hechicero.

—Debe haber otra opción —imploró ella. Su voz era suave, aunque cargada de la autoridad de su posición—. Es tan solo un recién nacido.

—Su propia existencia es un desafío a los dioses —insistió el hechicero—. No verán con buenos ojos que los dos vivan, hay que apaciguarlos entregándoles una vida.

—Les ofrezco la mía por la suya —sugirió la reina con voz queda, pero firme—. Mis dos hijos vivirán.

—¡Quedarán malditos! Y el reino también... —intentó razonar el hechicero, en vano.

—No —cortó ella, con un último brillo en sus ojos claros—. El amor los salvará.

Con esas palabras, agotó sus energías y cayó lánguida en la cama. El reino de Cygnus decretó un mes de luto. Su señor, incapaz de romper la promesa de su esposa, permitió que sus dos hijos siguieran respirando.

Sin embargo, solo uno fue llevado al trono.

Donde una corona esperaba.

Su nombre era Aserinae.

Capítulo 1

En el patio interior del palacio, una cabellera rubia ondeaba al viento a cada movimiento. El pequeño cuerpo, que no llegaba al metro y medio, danzaba con gracilidad sobre sus pies, al tiempo que blandía la espada con elegancia. Un giro, estocada, salto y posición de defensa, hasta caer frente al instructor Bewick que lo aplaudió maravillado.

—Hoy sí, alteza —admiró con voz firme—. Esta vez sí está concentrado.

El niño inclinó la cabeza en señal de respeto y entregó el arma a uno de los ayudantes. Sacudió el polvo de su ropa y miró con impaciencia al adulto frente a él. Su maestro, estirado y delgado como un tallo, agitó la cabeza, con el largo cabello albino recogido en una cola alta. Era la manera en que le indicaba que ya podía marcharse.

Las clases de Bewick eran duras, pero efectivas. Ya fuera en Esgrima, Historia, Literatura o Estrategia Militar, sus lecciones eran intensas. El rey lo eligió por sus cualidades en las numerosas disciplinas que un joven heredero al trono debía dominar. Por ello, desde el momento en que el príncipe empezó a caminar, su padre lo puso a cargo de un maestro que le enseñara a dirigir un reino.

El niño de ocho años voló para regresar al torreón. Sus pisadas retumbaron por el pasillo empedrado, las doncellas de palacio se apartaban a su paso al tiempo que le reprendían por las prisas y empujones hasta que, al final, el pequeño impactó de manera dolorosa contra lo más parecido a una mole de hierro.

—¡Aserinae! ¿Se puede saber el porqué de tanta urgencia?

—Lo lamento, padre.

El niño se levantó de inmediato y agachó la cabeza en una reverencia. La presencia de su padre, Atratus, siempre lo atemorizaba, lo hacía incluso antes de que cumpliera la amenaza de encerrarlo en las mazmorras. Ya fuera por

molestar a las criadas, por armar alboroto o por colarse de madrugada en las cocinas. Aunque él no fuera el verdadero culpable.

—¿Has terminado tu entrenamiento?

—Sí, padre.

El hombre era tan alto como su maestro, aunque más ancho de hombros. Llevaba el largo cabello pajizo recogido en una elaborada trenza múltiple. Sus ojos, de un azul más oscuro que el de su hijo, se clavaban en él. Desprendía olor a pergaminos, incienso y cera quemada. Debía regresar de la capilla.

—Está bien —cedió, y el joven notó que el desagradable cosquilleo se calmaba. Se había librado—. No corras, los príncipes no corren.

—Sí, padre.

Esperó con media inclinación de torso hasta que la figura del monarca desapareció y, después, volvió a correr en la misma dirección a la que se dirigía instantes antes.

El ala norte del palacio estaba prohibida para todos, incluso para la nueva reina y la joven princesa. Los únicos que podían entrar o salir con libertad eran Aserinae y, por supuesto, Ánade, la mujer que fue ama de crianza, niñera, sirviente y única compañía silenciosa del heredero. El príncipe no sabía si nació muda o tenía orden de no dirigirse a él, el caso era que nunca había dicho una palabra. Y no fue que no lo intentara, nada había más peligroso que juntar a un niño inquieto, con demasiado tiempo libre y un torreón lleno de rincones en los que esconderse. Sin embargo, no funcionó, pues la mujer jamás soltó ni un solo grito.

Subió las escaleras a toda velocidad hasta llegar al último tramo, en lo más alto del torreón, dónde se encontraba la puerta que tanto ansiaba traspasar. Empujó con todas sus fuerzas, el sonido de los oxidados goznes crujiendo anunciaron su entrada, a quien aguardaba en el interior.

—¡Hermano! —exclamó el niño tendido en la cama—. ¡Has tardado!

—Perdona, por lo visto ayer no me esforcé lo suficiente en la práctica de espada y hoy me han obligado a repetirla —se quejó, cerrando la puerta tras de sí.

El otro se incorporó en la cama, una sonrisa traviesa decoraba su rostro. Llevaba el cabello dorado recogido en una larga trenza que caía por encima de su hombro hasta medio pecho.

—¿Lo siento? —dijo el pequeño, que caminó hacia su hermano—. No me gusta la espada, prefiero el arco.

—Lo sé —lamentó el recién llegado con resignación.

—Déjame ayudarte —ofreció el menor.

Entre los dos fueron desatando las cintas y los cierres de la ropa del príncipe, hasta despojarlo de la armadura de cuero que empleaban para practicar.

—¿Estás cansado?

—Un poco —rezongó el mayor, que se sentó donde su hermano le indicaba, a los pies de la cama.

—Deja que te peine, ¿quieres una trenza como la mía? —quiso saber, y el otro afirmó—. Siento lo de la práctica, prometo esforzarme más la próxima vez —añadió mientras las manos del pequeño peinaban el sedoso cabello de su hermano, idéntico al suyo.

—He visto a padre.

—Oh —exclamó divertido el pequeño, con los dedos enredados en los mechones rubios—. ¿Y sabía a cuál de sus dos hijos estaba viendo?

—No —replicó con una sonrisa el mayor.

—No nos diferenciaría, ni aunque nos pusiéramos delante de él con carteles en la frente —dijo el pequeño, con una ligera molestia—. Ya está —anunció, una vez terminado el peinado. Trepó sobre el colchón para dejarse caer contra la almohada—. Ven —ofreció, palmeando a su lado.

El otro lo miró un instante y sonrió de manera tierna, después siguió el mismo camino y se tumbó, cara a cara, con ese rostro igual al suyo y, a la vez, tan diferente.

—¿Te has aburrido mucho? —le preguntó el mayor, al tiempo que alargaba la mano para acariciar la mejilla del otro.

—Deseaba que regresaras —confirmó el pequeño, y atrapó la mano entre las suyas.

—Estoy agotado —protestó, pues ya sentía cómo los ejercicios con la espada le pasaban factura y los músculos se quejaban.

—Duerme —murmuró su gemelo, y depositó un dulce beso en sus labios—. Descansa, mañana tenemos invitados y aún debemos elegir quién de los dos sale.

—Sí... pero no hagas trampas...

—Nunca hago trampas —se molestó el pequeño, que hizo amago de intentar retirarse.

—Siempre las haces —aseguró el mayor de los dos, y tiró de él para acercarlo más—. Aunque no me importa —confesó medio adormilado, con el rostro escondido entre el cuello y el cabello de su hermano.

Los dos niños se abrazaron y, así, terminaron por caer rendidos, el uno pegado al cuerpo del otro.

Los árboles en el reino de Cygnus eran frondosos y de gran tamaño, para soportar las glaciales temperaturas y las adversidades climáticas. Debían ser mucho más fuertes que los del sur para tener una oportunidad de sobrevivir al desfavorable entorno.

«Como sus príncipes», pensó el pequeño de los hermanos. A pesar de haber sido advertido de no buscar problemas, era imposible resistirse, y ahí estaba, rodeado de la dulce fragancia de las flores silvestres que se abrían paso a mordiscos entre las densas capas de nieve, mientras observaba al príncipe del reino de Phasia parado en mitad de la arboleda. Debía ser la primera vez que veía el blanco manto, había escuchado que en su reino no eran tan comunes los temporales. Ellos disfrutaban de algo a lo que llamaban ‘olas de calor’.

El niño tenía más o menos su edad, a pesar de que desde la distancia parecía más pequeño. Además, la inestabilidad y la falta de costumbre de caminar sobre la escarchada tierra, lo hacían parecer un cervatillo dando sus primeros pasos. Aunque con la gruesa capa que lo protegía del invierno era más bien un oseño regordete a punto de hibernar.

«El príncipe Cristas es muy orgulloso y no le gusta que le gasten bromas. La amistad con su reino es importante para padre, y ya sabes cómo se pone si le fastidiamos sus planes de posibles acuerdos». El joven recordaba cada uno de los avisos, casi amenazas, que le había lanzado su hermano mayor mientras lo ayudaba a prepararse.

Atratus, el rey, siempre había sido estricto con ellos y, de un tiempo a esa parte, era todavía peor, así que sabía a lo que se enfrentaba si lo desobedecía. La última vez que se escapó del torreón a la vez que su gemelo y su padre los cazó, terminó una semana encerrado, alimentado con hogazas de pan mohoso y la compañía de un orinal.

Sin embargo, no fue él a quien mandó a la mazmorra, sino a su hermano. Atratus sabía cómo hacerles daño, bastaba con castigar a uno por las faltas del otro. En aquella ocasión, rogó a su padre que lo liberara, lloró toda la noche, arrodillado frente a la puerta de su dormitorio, hasta que siete días después aceptó y los intercambió. Dos semanas. Fue la vez que más tiempo estuvieron separados, y a ambos les dolió como si les extirparan un miembro.

A pesar de todo, en mitad del bosque con el que colindaba su palacio, no se pudo contener ante una presa tan tentadora.

—¡Te encontré! —exclamó, al tiempo que se dejó caer desde una rama para quedar frente al otro.

—¡Tú! —bramó el joven Cristas, sobresaltado—. ¿Quién eres?

—Aserinae —se presentó sin formalismos el niño, que pasó la mano por sus largos cabellos dorados y le dedicó una traviesa sonrisa.

—¿Aserinae? ¿Eres el príncipe de este reino? —interrogó, ya recompuesto del susto.

—El mismo. ¿Acaso estás poniendo en duda mis palabras?

No respondió. El príncipe de Phasia, Cristas, solo lo miró de arriba abajo, con su oscura ceja levantada, antes de dar media vuelta para alejarse sin decir ni una sola palabra. El menor de los gemelos frunció el ceño en una amarga expresión, la actitud del joven príncipe le pareció molesta y arrogante. Sin duda, hacía honor al emblema de su casa: un enorme pavo real de intenso verde y azul.

Cristas se giró, dispuesto a marcharse y dejar al otro como si fuera un árbol más, sin ningún interés.

—¡Alteza! —lo llamó el hermano menor. Nadie le había mirado nunca con tal desprecio y debía vengarse.

Justo en el momento en que Cristas dio la vuelta sobre sí mismo, Aserinae sacudió una de las ramas bajas de un abeto y lo salpicó de nieve a medio derretir. Una carcajada escapó de sus labios al ver la expresión en el rostro del otro, que parecía una tetera a punto de explotar.

Los dos niños se quedaron parados el uno frente al otro, uno deshaciéndose entre risotadas y el otro intentando no sucumbir al enfado. De nuevo, Cristas no dijo nada, tan solo se giró y se alejó de él de manera apresurada, adentrándose en el denso bosque de altos pinos.

—¿Dónde vas? —preguntó Aserinae, con voz juguetona tras él.

—No creo que sea de tu incumbencia.

Aserinae se fijó en la divertida manera en la que el príncipe del Sur pronunciaba las consonantes, como si las hiciera estallar contra el filo de sus dientes, con una musicalidad entrecortada y muy marcada.

—Oh, pero... —exclamó de nuevo el niño, que de pronto dejó de caminar.

—¿Qué? —preguntó Cristas, extrañado de que se hubiera detenido cual estatua de hielo.

—Mi padre no me perdonaría si te dejara avanzar sin advertirte del peligro —habló en voz baja, apresurado, mientras se colocaba el largo cabello rubio tras la oreja.

—¿Peligro? ¿Qué peligro?

Aserinae hizo una breve pausa, como si fuera a compartir un secreto que ponía en riesgo su posición. Se balanceó adelante y atrás, hundiendo más sus pies. Hizo como que dudaba, abrió la boca y la cerró, lo repitió un par de veces hasta que comprobó que el príncipe Cristas no era demasiado paciente, pues sus ojos estaban rojos de ira.

—Los ancianos cuentan de la existencia de un espíritu malvado que habita en nuestras tierras —cedió Aserinae—. Es una bestia salvaje, cubierta de pelo y con grandes zarpas que...

—¡Ja! —soltó el otro, meneando la cabeza de un lado a otro—. ¿Quién va a creerse ese cuento?

—Bueno, tú solo ten cuidado.

El príncipe Aserinae observó cómo el otro niño se daba la vuelta para alejarse, sin embargo, sus pasos eran menos decididos, algo tambaleantes. Un agradable y adictivo cosquilleo nació en el interior del príncipe del Norte, como cada vez que hacía una trastada.

Vivir escondido era tremendamente aburrido, tenía pocas ocasiones para jugar, y menos con alguien que no fuese su hermano. Así que la llegada de otro príncipe, aunque fuera por una jornada, despertaba su infantil interés y ganas de probar sus peores jugarretas.

El joven Cristas parecía gracioso, rezumaba orgullo y altanería incluso a tan corta edad, ¡pedía a gritos que lo molestaran! Necesitaba una lección y Aserinae se encargaría de dársela.

El pequeño de los hermanos lo siguió unos pasos por detrás. Conocía los bosques como la palma de su mano, cuanto más se alejaba uno de los páramos del palacio, los troncos de los árboles estrechaban el paso, como si quisieran abalanzarse sobre los incautos que caminaban entre ellos. Las ramas, duras y puntiagudas, arañaban si no se avanzaba con precaución. Las copas de los pinos eran tan altas que, el poco sol que se filtraba tras las nubes no era rival con el denso follaje, así que, de manera paulatina, la claridad se fue apagando a su alrededor. A pesar de ello, el joven Cristas no parecía dispuesto a retroceder.

—Menudo cabezota —se dijo en voz baja Aserinae.

Caminar de manera sigilosa era uno de los dones que había desarrollado tras años de práctica obligada. En un par de rápidas zancadas se colocó a la espalda del joven Cristas, carraspeó un poco y, cuando más perdido parecía el otro, soltó un fuerte gruñido al tiempo que con la mano en forma de zarpa lo atrapaba por el hombro.

—¡Aaaaaah! —gritó el pequeño pavo real, que cayó de culo al suelo.

Las carcajadas de Aserinae se alzaron hasta traspasar las copas de los árboles, un puñado de nieve se desprendió y los mojó a ambos. La expresión del niño sentado sobre su propio trasero era como si, en vez de haberlo hecho caer sobre la blanca superficie, le hubieran asestado una daga directa a su orgullo, justo en mitad del pecho, lugar al que Cristas llevó la mano para intentar calmar su acelerado corazón.

—Tendrías que haberte visto la cara —siguió entre risas el príncipe Aserinae, con sus dos iris azules clavados en los oscuros de Cristas—. ¡No te enfades! Era solo una broma, alteza —comentó, y le tendió una mano en su dirección en un intento de hacer las paces.

—¡Muérete! —gruñó con los dientes apretados Cristas, que golpeó la mano que estaba situada frente a él.

Se levantó de un bote, sin ayuda de nadie. Tenía los ojos rojos, como si estuviese a punto de llorar, la ropa empapada y una fea expresión en la cara. Aserinae quiso decirle algo, pero el otro lo apartó de un empujón.

El príncipe del Norte se quedó solo en medio de la nieve, mientras observaba cómo el otro niño regresaba sobre sus pasos. Daba grandes zancadas y avanzaba con los puños cerrados, dispuesto a golpear a quien se atreviera a interponerse en su camino. Y el heredero del reino de Cygnus pensó en lo mucho que disfrutaría su hermano mayor cuando le contara lo cobardica que era su nuevo amigo, porque ya eran amigos, ¿no?

Capítulo 2

Cristas no sabía dónde meterse. Notaba el sonrojo hasta la raíz del cabello, pero nada podía hacer para evitarlo. Sus padres siempre fueron efusivos, no importaba si solo entrenaba, recitaba un poema o realizaba cualquier exhibición pública. Para ellos su progenie era maravillosa, la mejor, incluso en mitad de un combate amistoso de espadas entre príncipes.

—¡Vamos, hijo! ¡Dale ahí, sin miedo! ¡A por él!

—¡Estira bien el brazo, cariño, y no apartes los ojos! ¡Puedes hacerlo!

El primero era su padre, Catreus, grande y fuerte como un oso, e igual de peludo. Sus abrazos no tenían nada que envidiar a los de estos animales. La segunda, su madre, Rheinardia, más metódica, era la que conocía las técnicas de esgrima y trataba de darle consejos útiles. Aunque también escandalosos.

Sin duda, los reyes de Phasia no tenían ni una pizca de vergüenza. Los nobles de alrededor de la pista de combate, en el interior del palacio, los observaban con los ojos como platos. Era sabido que las gentes del sur tendían a mostrar más sus sentimientos, que eran más pasionales y exagerados. No obstante, Cristas conocía a muchas personas de su tierra y nadie era comparable a sus padres.

El príncipe resopló y empuñó la espada de prácticas con fuerza. Que no tuviera filo no quería decir que fuera inofensiva. Debía estar concentrado y demostrar ante los demás que era un heredero digno, que las horas y horas de entrenamiento tenían sus frutos. Alzó los ojos y los clavó en el azul intenso de su contrincante.

El príncipe Aserinae lo observaba con actitud calmada. Su postura era perfecta. Hombros, codos y piernas, no había hueco en su defensa que quedara expuesto. Las prendas en tono aguamarina se ajustaban a su figura para hacerlo más veloz, con una tira dorada alrededor de su fina cintura que solo servía para distraerlo. Se había recogido el largo cabello rubio en una trenza y sus mejillas sonrosadas eran la única prueba de que llevaban un rato enfrentándose. Ni una gota de sudor que estropeará su impoluto aspecto.

Cristas masticó unos cuantos insultos. Cada vez que se enfrentaba al heredero de Cygnus era una sorpresa. Podía ser el hombre sereno, concentrado y con un increíble manejo de la espada que casi no le dirigía la palabra. O, por el contrario, el tipo charlatán, divertido y con una impresionante puntería con el arco, que no se despegaba de su lado. No lo entendía, tampoco lo había pretendido, por algo Aserinae era conocido como el príncipe de las dos caras.

Se había teorizado que sus cambios de humor se sincronizaban con la fase de la luna, el contenido de su desayuno o un repentino giro de moneda, no había forma de confirmar qué hacía fluctuar el carácter del príncipe Aserinae. Un cambio del que, al parecer, solo Cristas era consciente, o puede que con él se mostrara más extraño aún. Fuera lo que fuese, tratar de seguir la pista a los altibajos del príncipe del Norte le provocaba dolor de cabeza.

—¡Ataca! ¡Ya lo tienes!

Los gritos de sus padres sacaron a Cristas de su ensimismamiento. Aserinae había avanzado con la espada en alto y, por fin, vio una abertura de su defensa perfecta. Apuntó con la espada sin filo al pecho de su adversario. Sin embargo, antes de alcanzar su objetivo, la figura desapareció en un borrón y, sin saber cómo, Cristas notó un brutal golpe en las costillas. Cayó al suelo.

Saboreó la sangre, se había mordido la lengua por el impacto. Temió que le hubiera roto algún hueso, pero al incorporarse comprobó que todo seguía en su lugar. Cristas miró a su contrincante, quien por norma, le dedicaba unas palabras de desprecio, un «¿vas a llorar, niño de mamá?» o «no seas exagerado, apenas te he rozado, alteza». Sin embargo, el Aserinae al que acababa de enfrentarse no abrió la boca, apenas le dirigió la mirada. Hasta le pareció que chasqueaba la lengua, molesto.

«El príncipe de las dos caras», recordó, sin duda era la mejor forma de describirlo.

—¿Estás bien, cariño? ¿Llamo al sanador?

—No hace falta, Rhei, nuestro hijo es duro de roer, ¿verdad, muchacho?

Sus padres aparecieron junto a él en un parpadeo. Cristas se irguió y se mordió la mejilla por dentro para soportar el dolor del golpe.

—Estoy bien, no ha sido nada —dijo, para calmar a los reyes de Phasia.

—¡Por supuesto! —le dio la razón su padre—. Ya verás como en la cena se pasan todos los lamentos. Los de Cygnus pueden tener el corazón helado, pero sus fiestas son legendarias.

Cristas sonrió con desgana y observó al príncipe Aserinae que ya se alejaba, seguido de media docena de nobles.

Cristas acompañó a sus padres hacia las habitaciones que les habían preparado para refrescarse antes de la celebración. La hermana pequeña del heredero al trono cumplía once años, además era presentada en sociedad para buscarle un futuro matrimonio ventajoso para ambas partes.

Pero poco le importaba la parafernalia protocolaria a Cristas. El chico arrastraba los pies, malhumorado. No le gustaba perder, no le gustaba cómo le había tratado Aserinae, no le gustaba que eso le afectara. Lo último que quería era encontrarlo en el salón de fiestas y tener que compartir mesa con él.

El príncipe de Cygnus y él se conocían desde antes de los ocho años y ahora, con catorce, era común verse en reuniones y encuentros entre aristócratas. Aunque en los últimos tiempos, parecía que estaba en todas partes para humillarlo. Ya fuera con su rostro amable lleno de risas o el serio con mirada congelada, siempre lograba que se sintiera inferior. ¿Qué le pasaba a ese tipo? Sus cambios eran conocidos en palacio, de ahí el mote de príncipe de dos caras, pero nadie indagaba en el asunto, solo se inventaban rumores, como si hubiera un acuerdo tácito por no descubrir el secreto.

Porque, sin duda, el príncipe cisne, igual de altivo que el de su emblema familiar, ocultaba algo entre sus plumas.

En la celebración de esa misma noche, Catreus estaba tan bebido y feliz de que sus batallitas fuesen escuchadas por un nuevo público, que ni prestó atención a cómo su hijo se retiraba. Cristas estaba cansado y cabreado, ni las mejores viandas o el vino más dulce lo lograban calmar, además la comida del norte era insípida y no ofrecía estímulo alguno a su paladar. A lo lejos había intuido la rubia melena del futuro rey de Cygnus, al que esquivó todo lo que pudo.

De repente era todo sonrisas y alegría. ¡Cómo se atrevía! Después de la expresión de menosprecio que le lanzó tras el combate para entretener a los asistentes, era increíble que tuviera el valor de acercarse a él como si nada

hubiera sucedido. ¿Es que ninguno de los invitados se daba cuenta? ¿Acaso todos estaban ciegos? Lo sacaba de quicio. ¡Tenía que decirle cuatro cosas!

Entonces, cuando vio de reojo que abandonaba la sala, decidió seguirlo. Ese engreído se merecía una lección.

El palacio de Cygnus era una gran edificación, de paredes altas y salones decorados con gran riqueza. Era diferente del sitio donde él se había criado, pero para Cristas mucho menos impresionante. Sin duda, prefería su hogar, los soldados de Phasia eran más valientes, los ancianos, más sabios y, en definitiva, el Sur era mejor. Inmerso en sus pensamientos, escuchó la irritante carcajada aguda de Aserinae que se le clavaba en los oídos. Iba a aprovechar la oportunidad.

La naturaleza de Cristas no era del tipo cotilla, tampoco le gustaba husmear en habitaciones ajenas, pero debía seguir el sonido de la risa si quería conseguir su ansiada venganza. No iba a dejar que ese cisne entrometido se fuera de rositas, no después de haberse burlado de él durante tanto tiempo, ¡ni hablar!

Lo de pelear y ser derrotado no formaba parte de sus consignas, él era el heredero de Phasia, algún día el mejor guerrero del sur. No se dejaría amilanar por el maldito príncipe Aserinae, engreído y fanfarrón, primero con esa pose soberbia y sofisticada, para después pasar a ser divertido hasta hacer el ridículo durante la cena. Un buen susto, aquello era lo que se merecía, igual que hizo con él cuando se conocieron en los bosques de palacio. Lo acorralaría y lo intimidaría hasta que chillara tan alto que todo el salón lo escuchara y se rieran de él. La humillación perfecta.

Habría sido más sencillo localizarlo si no fuera por el eco que creaban las altas y heladas paredes. Hacía demasiado frío, así que Cristas deambuló por los salones del palacio en busca de una chimenea que estuviera prendida. El invierno eterno de Cygnus calaba hasta los huesos.

Cristas abrió una puerta y vio el fuego encendido, enseguida se quedó atrapado en el chisporroteo de sus llamas. Se sentó en un cómodo sillón orejero que parecía hecho para dormirse entre sus mullidos cojines. Tan absorto estaba en el baile anaranjado que no se dio cuenta de que, sentado a un lado, estaba Aserinae, que lo observaba con curiosidad hasta que emitió un carraspeo para hacerse notar.

—¡Joder! —exclamó Cristas, que llevó una mano a la empuñadura de su espada. Fue por puro instinto, pues con las prendas formales de fiesta el único complemento que colgaba de su cintura era una daga decorativa.

—Tranquilo —procuró calmarlo Aserinae, alzando ambas manos como señal de rendición—. No quería asustarte.

—No lo has hecho —se defendió Cristas con pose arrogante—. Tú... ¿qué haces aquí solo?

En realidad, no era lo que quería preguntar. Él había vagado por el palacio siguiendo su estúpida risa y, ahora, se lo encontraba ahí, leyendo un libro de manera apacible. Además, ¿dónde estaba el gesto bobalicón que lo caracterizaba? Su expresión era serena, demasiado para alguien que se había marchado de un banquete con un consumo excesivo de alcohol. Todo lo que envolvía al príncipe de Cygnus era siempre demasiado extraño.

—Supongo que lo mismo que tú, buscar algo de paz.

Cristas observó al chico sentado a su lado. Sus ojos, a pesar de ser fríos, brillaban por el resplandor de las llamas, su pelo se veía mucho más vivaz por la misma razón. Su rostro era diáfano, en realidad toda su postura era relajada. El rubio perdió la mirada en dirección al fuego, no parecía dispuesto a añadir nada más.

El silencio los envolvió en un cálido abrazo. Fue, para su sorpresa, muy reconfortante.

A pesar de que no era considerado de buena educación, Cristas no pudo evitar lanzar miradas de reojo al chico. Era la primera vez que lo tenía tan cerca sin la presencia de más gente. Su aura era altiva al punto de ser distante, como si la soledad fuera innata en él. Era una sensación familiar. Cristas se mordió el labio y, sin darse cuenta, se inclinó sobre el reposabrazos en su dirección, con los ojos fijos en ese casi perfecto rostro, de facciones tan delicadas que, en cierto modo, podría decirse que eran hasta femeninas. Sin duda, había algo extraño, y lo estaba volviendo loco no saber qué era.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Aserinae que, con esfuerzo, arrancó la mirada del hipnótico fuego para centrarse en él.

—Sí. Tú, eres raro. Tus ojos ahora son... diferentes.

—¿Diferentes? ¿A qué te refieres con diferentes? ¿Has bebido?

Aserinae habló con su habitual tono prepotente que lo señalaba como al idiota de la sala.

—¡Calla! —gruñó con enfado Cristas—. Hay algo... en tus ojos.

A pesar de que su postura seguía siendo sosegada, algo en Aserinae se agitó. Puede que solo hubiera sido por un breve instante, pero no pasó inadvertido para Cristas, con su atención clavada en el joven rubio.

—Tus ojos son iguales, pero tu mirada es diferente —continuó con su análisis Cristas. Había olvidado que el alcohol le ablandaba la lengua y hablaba de más—. Tienes la misma voz, sin embargo, tu tono ha cambiado... No, no pareces el mismo de esta tarde, tampoco pareces el mismo que ha compartido mi mesa durante la cena.

No sabía explicarse mejor. Cristas estaba convencido de que el chico de esa habitación era otra persona, tal vez con la misma apariencia que conocía desde que eran niños, no obstante, emitía una energía distinta, casi podría decir que contraria a lo que se esperaría de Aserinae.

Su mirada trataba de ser inalcanzable, pero Cristas sentía que con solo alargar los dedos iba a tocar la sutil diferencia que percibía desde que se encontraron por primera vez. Distante y cercana al mismo tiempo.

—Bueno, por eso me llamáis el príncipe de las dos caras... —Cortó el silencio el heredero de Cygnus.

—¡Ja! —soltó Cristas—. Mejor di el príncipe de las dos personalidades. En serio, no se trata de un cambio sutil, es como si no fueras uno, sino dos.

Cristas enseguida se dio cuenta del grado de locura que implicaba una afirmación como aquella, sacudió la cabeza de lado a lado, como si pretendiera borrar su último comentario. Había bebido demasiado.

—Déjalo. Es solo una impresión —reflexionó el príncipe de Phasia, y carraspeó—. Solo digo que no pareces el mismo estúpido de esta noche —sentenció.

La fría mirada de Aserinae se tornó más intensa, clavándose en el otro joven que tan de cerca lo observaba. Los finos labios esbozaron una leve sonrisa y sus

ojos cayeron de manera leve, hasta hacer temblar sus casi transparentes pestañas. Soltó un suspiro que pronto se volvió una seductora risotada, y esta flotó en el ambiente como los copos de una suave nevada. De nuevo Cristas tuvo la misma sensación. Conocía aquella risa, la había escuchado antes, sin embargo, no era la misma que había seguido hasta allí, mucho más aguda y punzante.

—¿Lo ves? —lo acusó de pronto Cristas, y lo señaló con el dedo—. ¡Lo has hecho otra vez! No te reías así durante la cena —afirmó.

—Vaya...

¿Qué significaba ese «vaya»? Cristas lo miró con una ceja enarcada a la espera de una explicación.

De pronto, el joven heredero de Cygnus se levantó, con una expresión gentil que sustituía su sonrisa y, a Cristas, por un momento, le pareció ver en sus ojos el brillo del alivio. A pesar de que dudó cuando Aserinae salió del cálido e íntimo salón, algo lo empujó a seguirlo hasta una de las habitaciones más alejadas del ala norte del palacio. Entró sin ni siquiera llamar a la puerta.

Las risas que hacía un rato había estado persiguiendo en los ecos de las paredes encontraban al fin a su propietario, para asombro del joven señor de Phasia.

—¡Hermano! —Una voz un tanto pegajosa por el alcohol llegó desde el interior.

Desde el pasillo Cristas titubeó, aunque al final terminó por entrar tras el príncipe Aserinae. Lo que vio no pudo dejarlo más sorprendido. Abrió y cerró los ojos repetidas veces para cerciorarse de que su visión no le estaba jugando una mala pasada. ¡Eran dos! ¡Había dos príncipes!

Eran idénticos, lucían el mismo aspecto y ropa, hasta llevaban una corona igual de elegante con una esmeralda en forma de lágrima sobre sus cabezas.

—¿Por qué? —preguntó con tono pastoso, el chico que estaba en el interior de la sala—. ¡Hermano! ¿Te has vuelto loco? —De golpe, su ebriedad se evaporó.

El príncipe Aserinae, al que Cristas había seguido hasta la habitación, cerró la puerta tras de sí, dejando a los tres en el interior.

—Lo ha adivinado él solo, hermano —dijo, con una sonrisa en dirección a Cristas.

El heredero al trono del Sur no supo muy bien por qué, puede que por lo aturdido que estaba, pero en los ojos del Aserinae, que estaba de pie frente a él, le pareció intuir cierta admiración. Hasta que sus bellas facciones se crisparon y el joven, idéntico a él, exclamó desde la cama como si hablara por él:

—Pero ¡ahora él también está maldito!

